

Heraldo del Segura

SEMANARIO REGIONAL
PLATERIA, 1 y 3 (Imprenta)
MURCIA

Suscripción: 2 PESETAS TRIMESTRE

La correspondencia literaria y administrativa al Director - ARCHENA

Notas de la Exposición de Barcelona

Ya van llegando

Decía en mi artículo anterior, publicado en HERALDO DEL SEGURA el día siete de Julio último, que debían presentarse en esta magnífica exposición de Barcelona los productos de nuestra tierra para que fueran conocidos del mundo entero, ya que todas las naciones que lo pueblan se han apresurado a exponer los suyos en los distintos palacios, guardadores de las más variadas actividades nacionales y extranjeras. En mi última visita a la Exposición he penetrado, entre otros, en los palacios de la Agricultura y de Arte Textil, y ha sido grande mi alegría al ver que Murcia ocupa el lugar que le corresponde junto a las otras regiones españolas y naciones europeas de producciones similares.

En el palacio de la Agricultura, y dispuestas con extraordinario gusto, pueden verse todas las clases y formas de nuestras conservas y sus diferentes envases, reunidos allí por el gremio correspondiente, y, como presidiendo el gran escaparate, un cartel en donde se leen los nombres de los expositores que, representando los distintos pueblos de la comarca murciana, han traído sus conservas, dando así a conocer, a propios y extraños, una de nuestras principales industrias.

No he de negar la gran satisfacción que me produjo ver en el cartelón el nombre de Alguazas, mi pueblo natal, aunque sintiendo no conocer al expositor que lo representa, que a dar crédito a la etimología de sus apellidos, diríamos que no es natural del patronato de San Onofre. Esto no es óbice para que deje de felicitar a dicho señor con todo el entusiasmo de mi alma alguaceña.

Extiendase esta felicitación a los señores don Miguel y don Manuel Sánchez, que representan la industria de Archena y en general a cuantos con su esfuerzo han conseguido que su nombre y sus productos figuren en este certamen, una de las mejores formas de hacer patria.

El principal motivo de mi visita a la Exposición ha sido la noticia dada por la prensa local acerca de la sección de la seda en el palacio del Arte Textil. Tenía verdaderos deseos de ver la representación que aportaba a tan importante manifestación la región que, soportando las medidas coercitivas de algunos gobiernos y la competencia que la apertura del Canal de Suez estableció con la entrada en el mercado nacional de las sedas orientales, supo conservar su rango de primera productora entre las distintas provincias del Sur y Levante, aumentando su importancia de tal forma que hoy produce las

cuatro quintas partes de la seda que en España se cria.

El Comité de la Seda de Murcia ha sabido ocupar en esta Exposición su puesto de principal productor. Juntas están la materia prima y la industria manufacturera, los productores y los fabricantes, esperándose que de este Ayuntamiento resulte una mayor inteligencia que, prescindiendo de los intermediarios, redunde en beneficio del negocio y hasta del consumidor.

Conste, pues, que nuestra provincia ocupa dignamente el puesto que le corresponde en cuanto a sedas y conservas. Solo falta que, como los gallegos, asturianos, aragoneses, navarros, vallisoletanos, valencianos y las distintas naciones, que también se organice en el Pueblo Español de la Exposición la semana murciana y vengán a Barcelona con tal motivo esas jóvenes con quien la naturaleza ha sido tan pródiga que en gracia y en hermosura no les iguala ninguna otra mujer de España, si hemos de dar crédito a Luis Orts (otro apellido exótico) cuando retrata a su «Mariquita la Dibujo.»

Esas preciosas criaturas, vestidas con los trajes típicos de nuestra tierra y dispuestas a bailar nuestra clásica jota al son de la inspirada música de nuestros grandes compositores, entre los que se destaca el maestro Caballero, orgullo de los murcianos y honra de España entera, llamarían la atención en este concurso mundial.

El Segura, que ha mandado a la Exposición sus frutas en conserva y sus capullos de seda ¿porqué no manda a esas fragantes y hermosas flores que se llaman murcianas y que en belleza de rostro y gracia de talle darían ciento y raya a las que de otras regiones nos visitan?

Papá Segura que influya en el ánimo de las autoridades, y que mis paisanicas se lo pidan a nuestra Señora de LA FUENSANTA que yo quedo pidiéndoselo a la Virgen de Montserrat para ver si entre todos conseguimos ver por las calles de la ciudad de los condes una representación oficial de la tierra de nuestros amores.

Antonio Sánchez Bravo.

BARCELONA.

Jumilla

Noticias

Ha dado a luz con toda felicidad un hermoso niño la distinguida señora del culto médico don Cristóbal Cutillas de Gracia.

—Se encuentra en esta, donde pasará la temporada de verano la señora doña Clara Pérez de los Cobos, viuda de Falcón, acompañada de su simpática y bella hija.

—Han sido administradas las aguas bautismales al hermoso niño que dió a luz doña Isabel Guardiola, distinguida esposa del reputado médico don Pedro Azuar.

El nuevo cristiano recibió el nombre de José, habiendo sido su padrino, el abuelo paterno, don José Guardiola, secretario de este Ayuntamiento.

—Se encuentro restablecido de su indisposición, el respetable señor don Pedro Spuche Lacy.

ANECDOTARIO

Quería su cabeza y no muchas ajenas

Enrique VIII de Inglaterra se disponía a enviar un embajador cerca de Francisco I, y el embajador hizo observar al monarca inglés que si se permitía decir al rey de Francia el mensaje que se le confiaba lo más seguro sería que le fuese decapitar.

Enrique VIII contestó:

Id y no temáis; si el rey se permite haceros morir por esas palabras, yo haré caer muchas cabezas francesas que tengo en mi poder

—Señor—replicó el embajador—: Tengo el honor de hacer observar a vuestra majestad que de todas las cabezas que haga caer ninguna me sentaría tan bien sobre los hombros como la mía.

La musa del arroyo

I
Cruzábamos tristemente las calles llenas de luna, y el hambre bailaba una zarabanda en nuestra mente. Al verla triste y dolida yo la besaba en la boca —¿Porque aborreces la vida, Risa loca?

No llores, rosa carnal, que yo robaré el tesoro de la tiara papal para tus cabellos de oro. Y un espíritu burlón que entre las sombras había, al escuchar mi canción se reía, se reía.

II
De la vieja fuente grata en el sonoro cristal, la Luna brillaba igual que una moneda de plata. Temblaba su mano breve de seda y sedaña piel. —¡Que bonita cae la nieve... y que cruel!

—No tiembles, yo haré un corpiño para tus senos triunfales con la pompa del armiño de los mantos imperiales—. Y un espíritu burlón que entre las frondas había, al escuchar mi canción se reía, se reía...

III
Noche de desolaciones, eterna, que llamé en vano con la temblorosa mano en los cerrados mesones. Lloraba un violín distante con tanta melancolía como nuestra vida errante. —Reina mía, da tu dolor al olvido, yo te contaré la historia de una princesa ilusoria de un reino que no ha existido. Y un espíritu burlón y cruel que en la calle había, al escuchar mi canción se reía, se reía...

IV
¡Triste voluntad rendida al dolor de la pobreza! ¡Oh la infinita tristeza de la amada mal vestida! Palabra de amor que esconde la llaga que va sangrando y andar, siempre andar ¿Adonde? ¿Y hasta cuando? —Ya apunta la claridad... Ya verás como se muestra propicia y mágica nuestra madre, la Casualidad— Y en la encrucijada umbría de la muerte impenetrable, la miseria, la implacable, se reía, se reía...

EMILIO CARRERE

GESTOS

La ciudad del ruido

Hace varios días se ocupaba «El Sol», en uno de sus editoriales, de los ruidos de la Corte. Y censuraba amablemente, con la justeza y donosura que pone siempre en sus comentarios, el tormento de las noches madrileñas, cuajadas de gritos, de cantos, de músicas, de altercados...

El comentario es certero, pero injusta la censura. ¿Cómo pudo escapar, en efecto, a la perspicacia del comentarista, la observación de que, lo característico de la Corte, es precisamente lo mismo que censura? Hay ya en la ciudad demasados hoteles, sobrados cabarets, excesivos bancos; ofrece ya toda su vida un tono tan europeo, que no es mucho pedir la supervivencia de algo típico que la distinga de las grandes urbes del viejo Continente. Ese algo es el ruido nocturno. Si le quitamos a Madrid la algazara de sus noches, ¿qué le dejamos a Madrid? Nada: una ciudad grande, cómoda, moderna, como cualquiera otra.

Y esto es lo que hay que evitar a toda costa. Me adelanto a declarar que no soy enemigo del progreso, del embellecimiento de las poblaciones, del aceleramiento de su ritmo vital. Madrid ha dado un gran paso en ese sentido, durante los últimos años, y todos hemos coincidido en ponderar ese signo de pujanza. Pero ya está bien. No vayamos, en nuestro afán innovador, a destruir lo único acaso en que es inconfundible: en el bullicio y la alegría jaranera con que se llenan sus calles y sus plazas, apenas inicia sus guiños equivocados la luz artificial.

Esa misma anécdota irónica inglesa, en que un policía llama la atención de dos españoles que conversan amistosamente, porque sus voces pueden perturbar el sueño londinense, no revela otra cosa sino la preocupación que siente por el descanso un pueblo madrugador. Se explica uno que Londres quiera dormir; como se explica uno que Madrid quiera alborotar. Un inglés, por muy londinense que sea está habituado a respetar las ordenanzas municipales, y cuando éstas mandan que el londinense duerma, duerme; que se levante, se levanta. El español, en cambio... Pero no soy yo quien pueda descubrir al sutil comentarista del gran diario la rebeldía del espíritu español.

Esta rebeldía es nuestro más legítimo orgullo. De ahí que, cada vez que ante un español se ponga en duda la supremacía de Madrid en relación con las demás ciudades del mundo, sonrío con suficiencia. Pueden decir que Londres, París, Nueva-York, Berlín, tienen millones y millones de habitantes; que sus edificios, sus paseos, su movimiento, son muy superiores a los de Madrid. Y seguirá sonriendo... El español sabe muy bien que él posee el argumento último y definitivo. Dignamente, como corresponde a la importancia del asunto, dirá:

—Bien, bien. Y a la una, a las dos, a las cinco de la madrugada, ¿cuánta gente transita por esas poblaciones?

Y si alguien se atreve a insinuar que a esas horas, en esas ciudades, hay por las calles cientos de miles de transeúntes, más acaso que en Madrid, preguntará demoleatoriamente:

—¿Y ruido? ¿Hacen mucho ruido? ¿Gritan? ¿Vociferan? ¿Escandalizan?

Y el silencio que sigue a estas interrogaciones, es su mejor triunfo.

Hay, sin embargo, un remedio que ya se apunta en el editorial de «El Sol», pero al que no se dá la importancia debida. Me refiero a la siesta. La siesta no es para el madrileño una costumbre, sino una necesidad. Un madrileño sin siesta es hombre perdido. Gracias a ella es como Madrid ha podido sostener su inmenso prestigio de ciudad noctívaga y algarera.

¡La siesta madrileña...! No, no es ese refugio en que el hombre cansado, nervioso por el ajetreo de la mañana febril, busca un fácil reposo. La siesta madrileña es larga, lenta y profunda; es la reparación metódica de las fuerzas perdidas en la noche turbulenta; el cumplimiento estricto de un deber urbano. En esas horas nadie se atreve a taconear, y las conversaciones decaen en un blando susurro adormecedor. Por las calles discurren los transeúntes precisos, y en los cafés se sientan las personas aritméticamente necesarias para evitar la sensación del vacío. Todo se hace con sigilo, y nadie podría sospechar que la vida de cada habitante responde a un turno riguroso: el que hoy duerme la siesta, mañana acude al «cine», al café, va de paseo... De este modo siempre hay núcleo de gente dispuesta a pasar la noche en vela. Y puedo asegurar que jamás se ha dado un solo saso de deserción.

¿Cómo quejarse, entonces, de esta peculiaridad de la gran urbe castellana? A decir verdad, nadie sufre con esos ruidos nocturnos, evidentes, pero que atestiguan a cada vecino que, mientras él está acostado, los demás justifican que Madrid se divierte sin descanso, toda la noche. Y es, sin duda, su mayor voluptuosidad despertada de madrugada sobresaltado por una agria disputa o el estruendo de un camión, y reconocer agradecido:

—¡Bravo! ¡Más fuerte! ¡Más! ¡Qué bárbaro! ¡Qué bien lo hacel! Dar media vuelta en la cama, desmadejado, y, al coger el sueño de nuevo, sentir en la habitación inmediata que alguien empieza a roncar.

Pedro García Valdés.

MADRID.

MOJINA

Petición de mano

El pasado día de Santiago, en el domicilio del comerciante de Murcia Don Alberto Roca, fué pedida la mano de su hija Paquita, por D^a Dolores Baño Tomás y Don Francisco Sánchez Pelegrín, para su hijo y hermano político, Don Jacobo Mayol Baño.

Se han cruzado regalos. La boda tendrá lugar a principio del Otoño.

Este número ha sido visado por la censura